MIGUEL, JOVEN

Creo que he contado varias veces—por mí o a través de otros—cómo conocí a Miguel Hernández. Por eso no voy a repetirlo. Es difícil hablar de un amigo querido, muerto ya, y más difícil aún si se escribe del amigo muerto en unos momentos de la vida de una en que se está triste hasta la muerte, por causa de la muerte... Sin embargo, quiero evocar a Miguel, el joven y sonriente, el Miguel de los ojos claros y luminosos, de la voz terrenal, del impulso honesto y bueno, del enajenado Miguel Hernández de versos y de conducta tan fuera de la realidad muchas veces, aunque profundamente entrañado con la vida.

A Cartagena le llevamos cuando movíamos, en provecho ajeno como es de dignidad, una pequeña y desinteresada entidad cultural a la cual concurrieron casi todas las figuras intelectuales, maduras y jóvenes, de antes de la guerra. Miguel dijo allí sus versos y unas conferencias sobre bellos temas que ensalzaba su palabra arrebatada y pura. Nos acompañó en largos paseos por el campo llano cartagenero, cuajado de molinos de velas latinas (delante de uno de los cuales, rodeados de cabras, nos retratamos con él), dialogando de cosas comunes y de cosas suyas que para todos tenían gran importancia; pero que eran, simplemente, ¡cosas de literatura!

En Madrid, antes y después de trabajar con José María de Cossío en Espasa-Calpe, le vimos continuamente. Iba a comer con nosotros a Ríos Rosas, 48, en donde estábamos instalados en una modesta pensión familiar. De su verbo entusiasta brotaban alabanzas para sus amigos, para los poetas que él admiraba, y el recuento de los problemas menudos, aunque acuciantes, que constituían la ansiedad de todos nosotros, jóvenes y hasta un tanto desamparados en la corriente impersonal de la gran urbe.

Cuando la guerra, ya le vimos menos; pero, sin embargo, en plena guerra y en Alicante, una mañana inolvidable sí que le vimos—quizá por vez última—cuando nos disponíamos a tomar un autocar hacia un rinconcito de la costa en donde acaso fuera posible descansar siquiera brevísimamente de los bombardeos inacabables.

Un Miguel Hernández con gran sonrisa amiga, de dientes blancos

y sanos, de ojos llenos del azul del mar mironiano, con voz ancha y fraterna, nos dió la sorprendente salutación dentro ya del coche, frente al muelle. Nos causó verdadera sorpresa, porque no le esperábamos, y cambiamos, de prisa, unas cuantas palabras de cariño y de amistad inviolable mientras el motor se calentaba antes de arrancar hacia Ifach.

Después de la guerra ya le supimos apartado inflexiblemente de todos los que le queríamos.

Y poco después, la muerte. La muerte de Miguel, del amigo, del poeta. La muerte de uno a quien vimos hacerse, crecer, doblarse con el dolor y, por fin, caer sin remedio. La muerte, un poco, que nos alcanzaba a todos los que le queríamos y que nada podíamos hacer ni por él ni por nadie; ni siquiera por nosotros mismos, que necesitábamos a los que nos querían también.

En seguida, un Miguel Hernández del que participaban ya muchos, muchísimos; hasta sobrepasar lo nacional—o antes que ocurriera esto—y llegar a todas las fronteras. A veces, hasta un Miguel que desconocíamos un poco, que nos "revelaban", que no acababa de conectar (en nuestro recuerdo) con el amigo aquel tan luminoso, tan insobornable, que un día—porque todo llega—acabará sorprendiendo a muchísimos con palabras dichas en momentos significativos de su vida íntima, libre de presiones externas y absolutamente propia.

Ahora, la fama. El acercarse a Miguel de millares de desconocidos que le aman y comprenden, y de otros que se acercan—aparentemente—a él porque Miguel es una institución gloriosa de la Poesía española.

En definitiva, poco importa todo ya. Miguel-criatura humana está muerto. Miguel Hernández vivirá por encima de todas las interpretaciones, a pesar, incluso, de muchas de ellas, porque era un verdadero poeta, y los poetas, por mucha piedra que les pongan sobre el pecho, no mueren.

Poca cosa he dicho, lo comprendo, acerca de Miguel. Pero hoy no me es posible hacerlo de otro modo. Tampoco importa mucho decir que lo quise y que lo quiero mucho, y que sé que él era algo más de lo que hizo y, a veces también, menos de lo que pareció en cierto sentido. Ya nada importa nada. Él está en plena fábula ya. Es mito. Yo no hablo del mito ni de la fábula. Recuerdo, con cariño y ternura, al muchacho lleno de alegría, de azul y de blanco, de voz dorada y mojada de tierra regada con la luz nuestra, la del Levante casi andaluz, que ahora es ya para el mundo un poeta muerto. Un poeta vivo. Miguel Hernández, el de Orihuela.

CARMEN CONDE.